

«El Africano», «Tragabuches», Lucas Blanco,
Juan León, «El Barbero», «Desperdicios»,
Rafael Pérez de Guzmán, «Pucheta»...

Los toreros románticos

Eduardo de Guzmán

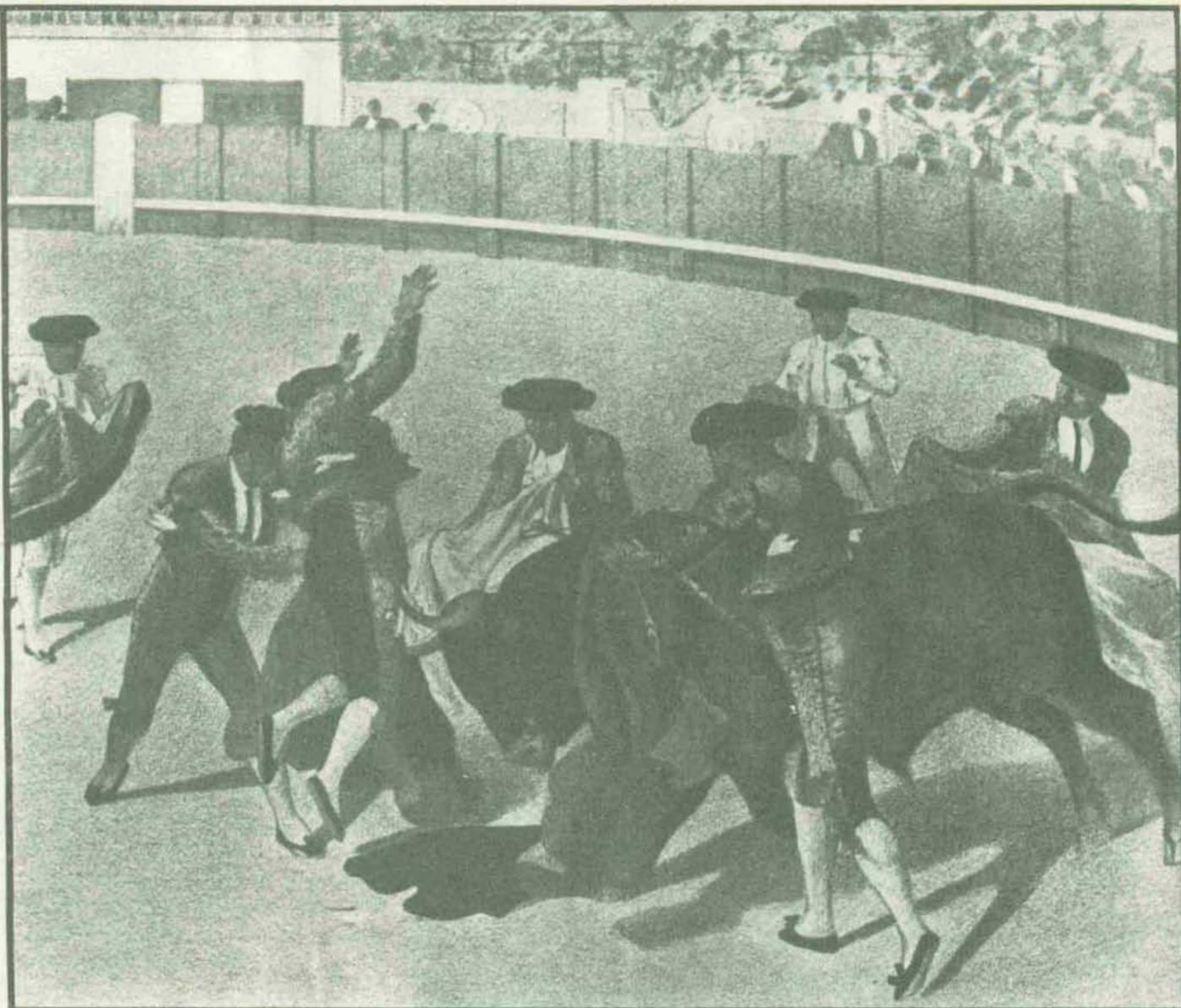
LA coincidencia en el tiempo y en el espacio de una larga serie de toreros de romance y folletín —exaltados, violentos, jaques, manirroto y pendencieros— con el triunfo arrollador del romanticismo literario, da lugar al nacimiento de la «pandereta» —brillante, colorista y falsa—, de la española. La vida misteriosa de Manuel Bellón, las andanzas bandoleriles de José Ulloa, la muerte en garrote vil de Lucas Blanco, la marchosería de Juan León, «El Barbero» y Manuel Domínguez, unidas al heroísmo del aristócrata Pérez de Guzmán y del progresista José Muñoz —que perecen defendiendo a tiros una diligencia en La Mancha, el primero; y una barricada liberal en la madrileña calle de Toledo, el segundo—, tienen que inflamar la ya de por sí calenturienta imaginación de artistas y literatos nacionales y extranjeros en el momento culminante de la fiebre romántica, dando lugar a la leyenda que todavía envuelve aspectos y sectores de la vida española.

UN CUADRO ALUCINANTE

Aunque no existe en fin de cuentas país alguno cuya vida e historia se ajusten con mayor precisión a los ideales románticos que el nuestro, el romanticismo —en tanto que vendaval literario que sacude en toda Europa las decrepitas estructuras de la retórica neoclásica— no irrumpe en España hasta el regreso de los exiliados liberales a la muerte de Fernando VII en 1833. Cuando Martínez de la Rosa y el duque de Rivas, Espronceda y Larra, retornan luego

de su prolongada expatriación, nos traen una moda que — pese a que nadie parezca advertirlo de momento — no representa aquí ninguna revolución, sino una simple vuelta al pasado. En realidad, toda la literatura española, hasta que viene a desvirtuarla la influencia francesa de los primeros Borbones, ha estado siempre empapada y transida de romanticismo; desde el Romancero inicial y anónimo hasta los grandes dramaturgos de nuestro Siglo de Oro, no ha sido otra cosa que reflejo de un pueblo cuyas pasiones sal-

tan desbordadas por encima de los límites impuestos por la razón, la medida y la lógica. En toda época y ocasión, el español está por instinto y temperamento con el individuo frente a la colectividad; antepone el corazón al cerebro, defiende las rebeldías particulares contra la ley general y tiene un concepto especialísimo del honor personal, entendido de una manera caballeresca y subjetiva, en abierta oposición con la fría objetividad del clasicismo. Todo esto, esencia y fundamento de la exaltación romántica, lo des-



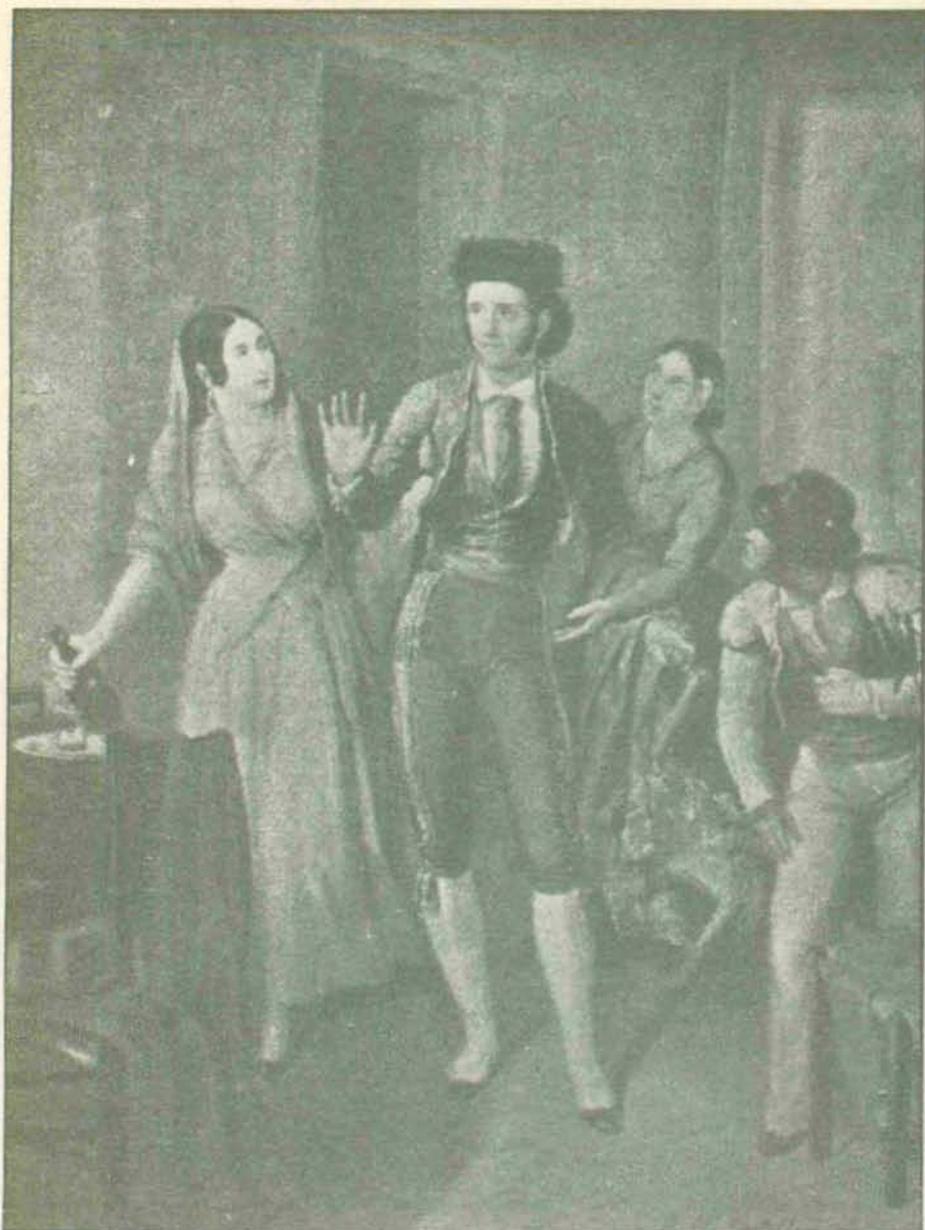
Los hechos y hazañas de «El Africano», «Tragabuches», «El Guapo Lucas», Juan León, Domínguez, Guzmán o «Pucheta», bastan y sobran para que Borrow o Gauthier, Dumas, Adam o Doré levanten sobre estos toreros de finales del XVIII o primera mitad del XIX el edificio pintoresco de la española de pandereta.

cubren ya los eruditos germanos del último tercio del XVIII, convirtiendo a Calderón y Lope —olvidados en su propio solar— en heraldos precursores del nuevo evangelio literario. Setenta años más tarde, una nutrida pléyade de novelistas, dramaturgos, poetas, dibujantes y pintores que recorren España, hallan en nuestro suelo escenarios ideales para unos personajes tempestuosos y atormentados que encarnan a la perfección los dramas tremebundos fraguados en sus inflamadas imaginaciones.

Entre 1830 y 1860 Próspero Merimée, Alejandro Dumas, Teófilo Gauthier, Washington Irving, Hugo, Borrow, White, Ford, Adam, Price y Gustavo Doré recorren nuestro país y en sus relatos o grabados muestran al mundo la imagen deformada, pero fascinante y desgarrada, de un pueblo diferente a los demás; de unos seres febriles oscilando constantemente entre los dos polos de la voluptuosidad y la muerte, tan capaces de elevarse a alturas sublimes como de hundirse en abismos insondables, que no conocen —ni siquiera

conciben— los términos medios de la vida burguesa, mediocre y adocenada.

Fruto natural, lógico, casi inevitable de la desorbitación romántica surge la española. Se presenta al mundo una España de pandereta: mujeres apasionadas, hombres crueles, peleas violentas, sol y toros, puñaladas, trabucos y crímenes. Todos los colores intermedios desaparecen de la paleta, para dejar únicamente los extremos: el rojo de la pasión o la sangre y el negro del luto o la muerte. Es un cuadro alucinante en el que no hay



Torero romántico disponiéndose a salir para la Plaza, según un grabado de la época. El torero, que se juega sonriente la vida ante las multitudes enfervorizadas, se convierte para muchos en héroe y arquetipo de toda una «raza».

más que gitanos, toreros, frailes, hidalgos y bandoleros; hembras que llevan navaja en la liga y que matan o se dejan matar —sumisas y fatalistas— por el amante desdeñado o el marido calderoniano; gentes de morbosa sensualidad, enloquecidas por la apetencia carnal y el fanatismo, para quienes la idea del placer va unida indisolublemente a la del castigo justiciero y brutal. (La «Carmen» que con su música de Bizet sigue apareciendo en los escenarios de ópera de todo el mundo, es ejemplo perfecto, semejante en todo a otros mil

que pudiéramos encontrar sin el menor esfuerzo.)

La pandereta resulta hoy tan falsa como lo fuese siglo y medio atrás; a fuerza de exageración, la estampa adquiere claros matices de caricatura ridícula y deformante. Las figuras de la españolada no han podido ser tomadas nunca como imágenes representativas de nuestro pueblo. Gitanos, toreros y bandidos más o menos generosos no simbolizan en ningún instante la vida nacional, ni el griterío de los cosos cabe ser considerado como voz que exprese sus in-

quietudes y ahelos. España no guarda parecido alguno con el cuadro que imaginan y pintan los románticos, y la españolada no pasa de ser un esperpento, por partes iguales denigrante y ofensivo. No obstante, en el fondo de toda leyenda hay algo, por minúsculo que sea, que la explica en cierto modo, aunque no la justifique. En las aguas turbulentas de la españolada romántica es posible hallar, como pretexto inicial acentuado en sucesivas modificaciones, las vidas azarosas de unos sujetos que, impulsados por las circunstancias o arrastrados por el propio destino, impregnen de dramatismo su agitada peripecia vital.

Para los extranjeros que visiten España —igual en 1835 que en 1977—, nada hay más atractivo e interesante que las corridas de toros, convertidas nominalmente en fiesta nacional por antonomasia. El espectáculo les encanta u horroriza de acuerdo con sus gustos, pero en todo caso hiere profundamente su sensibilidad. El torero, que se juega sonriente la vida ante las multitudes enfervorizadas, se convierte para ellos en héroe y arquetipo de una raza. Pasando de lo particular a lo general llegan con facilidad a la conclusión de que todos somos toreros en potencia. Cuando la vida de un «toreador» reviste caracteres folletinescos dentro y fuera de los ruedos ejerce una mayor fascinación sobre quienes recorren España, especialmente cuando son nombres de exaltada imaginación. Los hechos y hazañas de «El Africano», «Tragabuches», «El Guapo Lucas», Juan León, Domínguez, Guzmán o «Purcheta» bastan y sobran para que Borrow o Gauthier, Dumas, Adam o Doré levanten sobre ellos el edificio pintoresco de la españolada de pandereta.

De estos toreros, que se suceden de manera ininterrumpida durante los años postremos del siglo XVIII y toda la primera mitad del XIX, parece oportuno hablar rápidamente ahora, si bien es justo hacer constar que, aun siendo diestros de cierta importancia en la tauromaquia moderna, ninguno llega a alcanzar consideración de auténtica figura de época.

UN TORERO MISTERIOSO

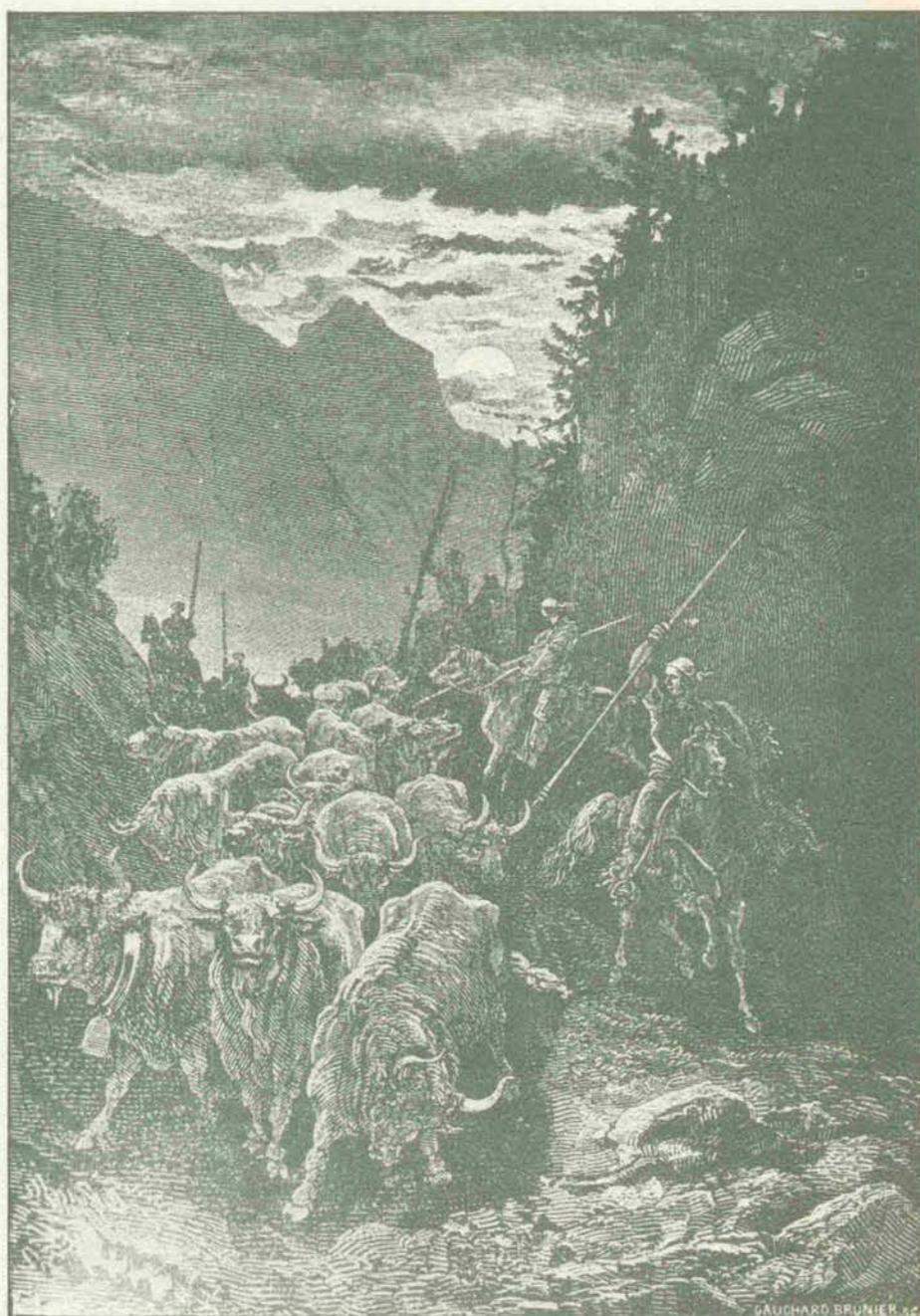
No es mucho lo que sabemos del diestro que, desde un punto de vista cronológico, encabeza esta lista de toreros de romance y folletín inspiradores de la españolada. Manuel Bellón, Ballón o Bayón —que de las tres maneras escriben su apellido los cronistas de la época— alcanza rápida popularidad en Andalucía con el apodo de «El Africano». Es un tipo extraño que aparece en Sevilla alrededor del 1760. Viene de Orán, donde ha residido varios años y de donde ha tenido que huir, perseguido por la justicia, acusado de matar a un competidor. No es, desde luego, el primer homicidio que comete, ya que años atrás, siendo todavía un mozalbete, ha matado a otro hombre en disputa por el amor de una hembra de rompe y rasga. Condenado por aquel primer delito es conducido al penal de Ceuta cargado de cadenas.

¿Cómo sale o escapa de Ceuta? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Unos dicen que merced a un indulto; otros, que pasándose a los moros que de vez en cuando atacan la plaza y convirtiéndose a su religión y costumbres. Es posible que tengan razón los primeros, ya que nadie le pide cuentas a su regreso a Sevilla de la condena quebrantada. No se puede descartar, sin embargo, que

en ello influyen su fortuna —porque vuelve inmensamente rico— y el valimiento de amigos poderosos. Según una carta del marqués de Montilla al hermano mayor de la Maestranza de Ronda en 1767, Bellón se trata y codea con la aristocracia sevillana, hecho casi inconcebible en el siglo XVIII, cuando la sociedad andaluza aparece dividida en castas y se considera el toreo como una de las profesiones más denigrantes. Las amistades de «El Africano»,

junto con su apostura y modales distinguidos, llevan a varios de sus biógrafos a dar cabida a la especia de que pueda correr por sus venas sangre azul; más concretamente, ser hijo natural de algún alto personaje, estrechamente emparentado con la propia familia real.

En la época en que aparece en Sevilla, Bellón es un hombre alto, bien parecido, de rostro atezado y grandes y pobladas patillas. Tiene fortuna y si torea en la Maestranza —como



Gustavo Doré sería uno de los artistas extranjeros que con mayor fuerza sintió la fascinación por ambientes y personajes de nuestro país. Y dedicó una especial atención al tema taurino, como ejemplifica esta estampa que recoge la conducción de reses bravas.

más tarde actúa en Jerez, Cádiz, El Puerto, San Roque y Ronda—, lo hace por diversión y no por interés. Es tan diestro a pie como a caballo, domina a la perfección la lidia a la jineta y en campo abierto, luciendo en las dehesas y en presencia de invitados aristocráticos su habilidad y destreza en el derribo de los astados.

Lidia los toros al estilo andaluz, con algunos remedos del navarro, pues quiebra las reses a cuerpo limpio o salta sobre ellas en espectaculares alardes. Parecen sobrarle valor, serenidad y recursos. Utiliza la muleta para preparar la muerte de los cornúpetas y muchos le tienen por uno de los perfeccionadores de la suerte suprema. Está considerado como superior a los Palomos, Esteller y el Chano, que en este tiempo gozan de prestigio entre la afición sevillana. Tiene admiradores y discípulos aventajados. Entre éstos figura Joaquín Rodríguez, el famoso «Costillares», al que da la alternativa en la plaza sevillana de la Maestranza.

Por espacio de doce años, «El Africano» es figura popular en la capital andaluza. Repentinamente, alrededor de 1772 desaparece en forma tan sorprendente como su aparición a la vuelta de Orán. Nadie le vuelve a ver vivo ni a saber a ciencia cierta qué ha sido del ya famoso lidiador. Corren por Sevilla los más extraordinarios y contradictorios rumores, pero no es posible confirmar o negar ninguno. En los dos siglos largos transcurridos desde entonces son muchos los curiosos que tratan de aclarar los misterios que envuelven a Manuel Bellón y especialmente la causa de su desaparición. Ninguno consigue nada, aunque algunos folletistas dejan volar su imaginación con pintorescas explica-

ciones. La que alcanza mayor difusión en plena época romántica, quiere que «El Africano», detenido en secreto por la Inquisición en virtud de una grave denuncia presentada contra él, sea detenido y conducido —en secreto también— a la cárcel de Córdoba donde perece. Pero ni siquiera esta versión acierta a precisar en qué año y de qué forma muere el maestro de «Costillares».

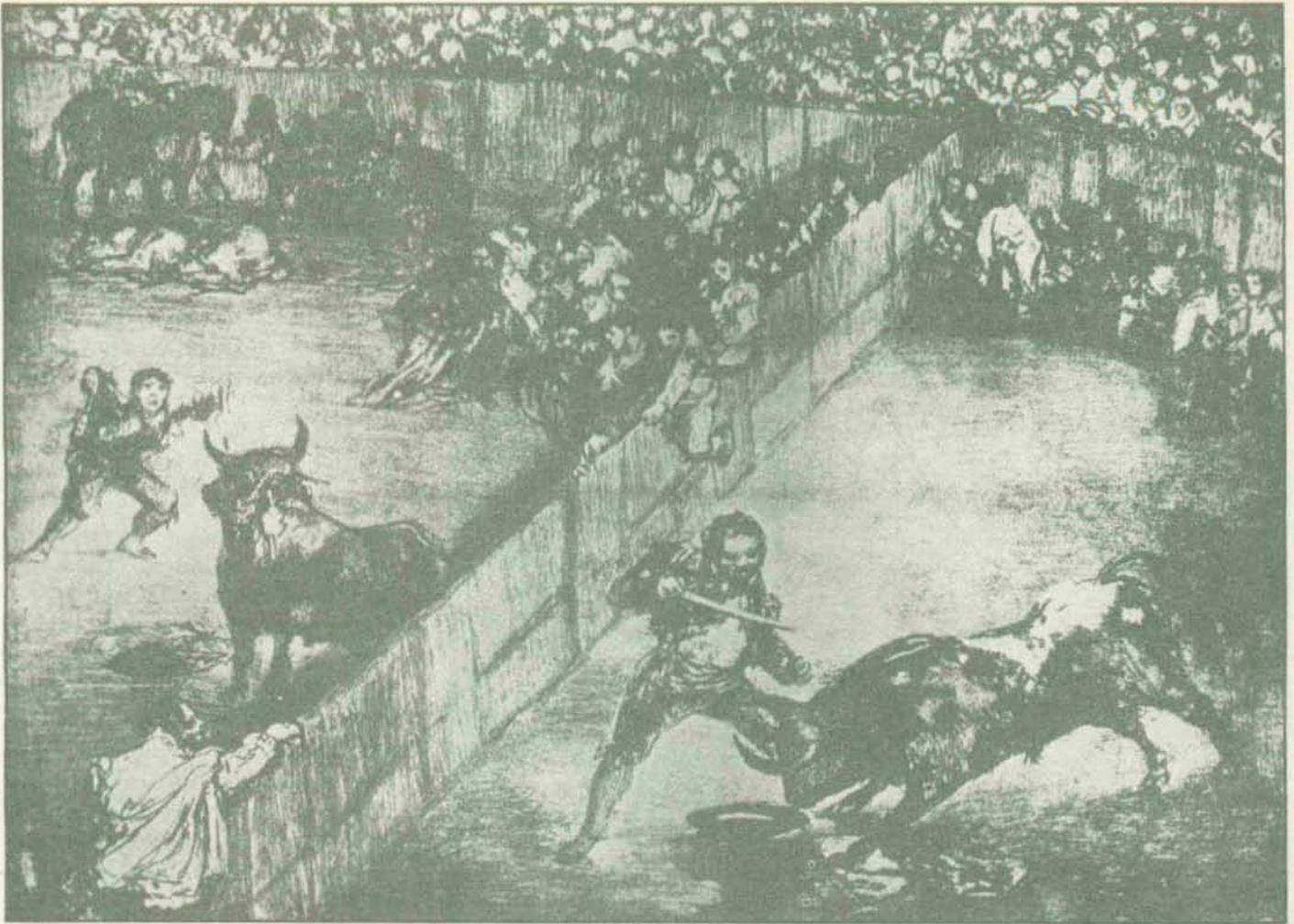
UNO DE LOS SIETE NIÑOS

De otro torero de folletín, que vive medio siglo más tarde que Manuel Bellón, tampoco se sabe con certeza cuándo ni cómo muere. Sin embargo, de José Ulloa, «Tragabuches», tenemos referencias concretas de los episodios culminantes de su ajetreada existencia y no cuesta excesivo trabajo imaginarse el resto. Es un diestro gitano, más famoso por las dramáticas peripecias vividas fuera de los ruedos que por sus méritos intrínsecos como lidiador. Nacido en Ronda, según unos, o en Arcos de la Frontera, según otros, alrededor de 1780, siente desde muy joven afición a la fiesta brava y trata de que Pedro Romero le admita en su cuadrilla. Rechazado por Pedro, no por falta de condiciones, sino por el hecho de ser de raza calé, Ulloa busca la protección de su hermano José, con quien actúa durante años como banderillero y medio espada. No está perfectamente clara la fecha de su alternativa en la plaza de Salamanca ni lo que ocurre en esa corrida, famosa por morir en ella uno de los hermanos Romero. Algunos autores sostienen que el festejo se celebra el 12 de septiembre de 1802 y que la alternativa se la otorga Gaspar Romero, que parece poco des-

pués corneado por un toro. En la «Historia de Salamanca», de Villar y Macías, se dice que el hecho tiene lugar en 1796 ó 1798 y que el muerto es José. La realidad parece ser que no perece ninguno de los dos citados, sino otro hermano llamado Juan, que no pasa de banderillero.

Una vez recibida la alternativa, «Tragabuches» torea bastante en diversas plazas, entre ellas la de Madrid. Alejados de los ruedos Pedro y José, y muerto en Granada Antonio Romero, Ulloa pasa en algunos momentos por ser el más auténtico representante de la escuela de Ronda. Es un lidiador dominador y sobrio, que conoce y practica toda clase de suertes, pero que sobresale especialmente en la de recibir por el valor con que aguanta la embestida de los astados y el acierto con que sepulta el acero en el morrillo de los animales. Para el gitano, que lleva una marcha ascendente como torero, resulta un duro quebranto la prohibición de la fiesta de toros decretada en 1805 por Carlos IV. Vuelve entonces a Ronda y, no muy sobrado de dinero, procura ganarse la vida con andanzas de contrabando.

Casado en Ronda con una gitana de gran belleza, varios años más joven que él, apodada La Nena, no quiere alejarse mucho de su mujer y desdeña intervenir en las temporadas de Madrid y Sevilla que se organizan durante la dominación francesa. En 1814 se proyectan en Málaga unas corridas para celebrar el feliz retorno a España de Fernando VII. El primer espada de dichas corridas, Francisco González, «Pachón», que ha sido compañero de Ulloa en la cuadrilla de José Romero, le manda llamar. Como Málaga está cerca y su ausencia sólo durará unos días, «Tragabu-



En su serie «La tauromaquia», Francisco de Goya huiría al máximo de la española convencional. Es otro universo, abigarrado, cruel, el que aparece en esas litografías, una de las cuales —«Corrida en plaza partida»— reproducimos sobre estas líneas.

ches» acepta. Una tarde sale solo y a caballo de Ronda, tras una prolongada y tierna despedida de su enamorada esposa.

A pocas leguas de la ciudad, el caballo que Ulloa monta resbala y cae arrastrando a su jinete que recibe un duro golpe y sufre una dislocación en el brazo izquierdo. El gitano decide regresar a Ronda para curarse y lo hace a caballo, llegando ante su domicilio bien entrada la noche. Llama repetidas veces, y como la mujer tarda demasiado tiempo en abrirle, por su cerebro cruzan las más desagradables sospechas. Cuando La Nena, que está a medio vestir, le franquea la entrada, el temblor nervioso de la mujer y lo confuso de sus explicaciones parecen confirmar los temores del marido. Con una navaja en la

mano y un candil en la otra recorre furioso todas las habitaciones; no encuentra a nadie y tranquilizado vuelve al lado de la mujer para pedirle perdón. Algún rato después, acometido por un acceso de fiebre, quiere beber algo frío y va hacia la cocina donde tienen una gran tinaja llena de agua.

Al destaparla, descubre la cabeza de un individuo allí escondido, que le contempla despavorido al verse descubierto. Es un mozo, monaguillo de la cercana parroquia al que llaman Pepe el Listillo, al que conoce perfectamente el gitano. Sin pensarlo dos veces ni pronunciar una palabra, «Tragabuches» saca una navaja que hunde por dos veces en el cuerpo del intruso. Vuelve entonces rabioso junto a su mujer, que quiere huir al verle con las ropas manchadas

de sangre. Ulloa se lo impide. Aunque tiene dislocado el brazo izquierdo, con el derecho le basta para sujetarla primero y arrojarla por la ventana después. Un vecino, al que despierta el ruido de la caída de la mujer, se asoma a la ventana a tiempo para ver a La Nena muerta en medio de un charco de sangre. Dos minutos después ve también a «Tragabuches» que sale de la casa, se acerca a la muerta para arreglar sus ropas de modo que le tapen las piernas que han quedado al descubierto, la da un largo beso de adiós y salta sobre la grupa de su caballo para emprender una carrera desenfundada.

Acusado de un doble asesinato, la justicia le busca, pero no puede hallarlo. Juzgado en rebeldía, Ulloa es condenado a muerte. Conforme a la senten-



José Ulloa, «Tragabuches», uno de los más famosos toreros románticos. Tras su actividad en los ruedos, formó parte de la banda de los Siete Niños de Ecija, que sembraría el terror y el estrago en las campiñas de Córdoba, Sevilla y Málaga entre 1815 y 1819.

cia y a las bárbaras costumbres de la época, debe, acaso de ser prendido, ser ahorcado primero y descuartizado después como castigo a los crímenes cometidos y para servir de escarmiento general. Pero la sentencia no se cumple, porque «Tragabuches» no llega a ser detenido. Pocos meses más tarde, un bandido apodado El Gitano, adquiere triste celebridad en toda Andalucía. Forma parte de la cuadrilla de los Siete Niños de Ecija y es el más sanguinario y desalmado de los integrantes de la famosa partida.

Entre 1815 y 1819 los Siete Niños siembran el terror y el estrago en las campiñas de Córdoba, Sevilla y Málaga

asaltando cortijos y diligencias, penetrando en los pueblos, saqueando y asesinando. En 1817 se publica un edicto ofreciendo mil doblones por la cabeza de cada uno de los forajidos. Se organizan grupos de escopeteros en todos los pueblos importantes, que dan constantes batidas en las que van cayendo los primitivos integrantes de la cuadrilla, cuyo número no disminuye, sin embargo, porque el hueco dejado por un muerto es ocupado por un nuevo recluta. Durante unos años se suceden las ejecuciones rodeadas de bárbaros aditamentos. En Ecija, Carmona y Sevilla perecen en tres años una docena de forajidos que, conforme

dice la sentencia que condena al «Cojo» y a Minos —dos de los jefes de la partida en cuestión—, son «arrastrados, ahorcados a garrote vil, descuartizados y puestos sus cuartos en los caminos y su cabeza expuesta en el escenario de sus crímenes». Pero entre los ejecutados no se encuentra El Gitano, que una y otra vez escapa de sus perseguidores a trabucazo limpio.

José Ulloa goza en esta época de una siniestra celebridad. Declarando ante los jueces que le mandan al patíbulo, «El Cojo» dice, gráfico y sincero, que ha matado «*hombres suficientes para llenar un cementerio*». Para nadie constituye entonces un secreto la tragedia conyugal que lanza al antiguo torero por caminos de perdición. Durante los días que preceden a su ejecución, Minos canta a todas horas una copla compuesta por «Tragabuches» que dice con desolada amargura:

**«Una mujer fue la causa
de mi perdición primera.
No hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.»**

En 1819, y en vista de que las repetidas ejecuciones no acaban con los Siete Niños, se promulga un indulto al que podrán acogerse los bandoleros que lo deseen, que no serán molestados por los crímenes por la famosa partida. Juan Palomo, último de los jefes del grupo, se presenta en unión de varios de los Niños que son perdonados. Entre ellos no está El Gitano. El indulto comprende y perdona los delitos perpetrados por la cuadrilla, pero excluye los cometidos con anterioridad y «Tragabuches» está condenado por las muertes de La Nena y de Pepe el Listillo.

Todo rastro de José Ulloa se pierde alrededor de 1820. Corren rumores más tarde de que El Gitano se incorpora a

las partidas de Juan Caballero y del Tempranillo. No parece cierto. «Tragabuches» se esfuma al desaparecer los Niños de Ecija. Jamás se sabe si el torero rondeño perece en cualquier oscura pelea librada en algún rincón escondido de la sierra o abandona Andalucía y con el producto de sus robos rehace su vida en otro lugar cambiando de nombre y aspecto.

EL SINO TRAGICO DE LUCAS BLANCO

Más infortunado que José Ulloa, otro torero de folletín y romance, Manuel Lucas Blanco, no logra librarse del garrote vil que le aguarda en lo alto de un cadalso. Sin embargo, Lucas Blanco no es un bandolero como «Tragabuches» ni tiene su cabeza a precio en ningún momento. Durante buena parte de su vida actúa con regular éxito como lidiador de reses bravas y cuando muere agarrotado hace ya diecisiete años que

tomó la alternativa en la plaza de Madrid, toreando antes y después de una manera ininterrumpida por toda la geografía peninsular.

Violento, áspero y tremendista en su toreo, Manuel Lucas Blanco lo es más aún en la peripecia dramática de su existencia. Nacido en Sevilla en fecha no determinada con exactitud, huérfano desde niño, tiene que ganarse la vida muy pronto trabajando en el matadero sevillano que en los comienzos del XIX no es precisamente una escuela de buenas costumbres. Abundan las disputas y peleas entre quienes lo frecuentan, muchas veces terminadas a navajazos. Manuel destaca muy pronto por su marchosería brevucona y recibe el mote del «Guapo Lucas», que lo acompañará a lo largo de su vida. De manera natural, dado el ambiente del matadero, deriva hacia el toreo, profesión para la que apenas tiene otra condición que un valor sin tasa ni medida.

En 1813, al abandonar Juan León la cuadrilla del «Sombrerero» ocupa su puesto Lucas Blanco. Posteriormente va unos años con la de «Panchón», hasta que riñe violentamente con él, pasando entonces a la del «Bolerero» con quien viene a Madrid en 1821, en calidad de media espada, alternando ya como matador de toros en la temporada siguiente. Es un torero de escasa calidad, torpe manejando capotes y muletas, pero que se arrima a todos los cornúpetas y suele tumbarlos de certeros espadaños, muchas veces a costa de salir por los aires.

Al iniciarse en 1823 la terrible represión fernandina que sigue al breve trienio constitucional, Lucas Blanco se declara decididamente absolutista, igual que hacen la mayoría de los toreros de la época con las solas excepciones de Roque Miranda y Juan León. Sin embargo, mientras los otros diestros procuran no extremar su inquina contra los liberales, el «Guapo Lucas» se



Discipulo de Curro Guillen (al que aqui trata inutilmente de salvar en la Plaza de Ronda el 30 de mayo de 1820), Juan León se situaba politicamente en el bando de los liberales. Juerguista y amigo de escandalos, León fue directo competidor de Montes y maestro de Cúchares.

enseña con ellos, no sólo denunciando a **cuantos conoce** o sospecha, sino insultándolos y desafiándolos con palabras soeces cuando cree que puede oírle cualquiera de ellos. Al margen de la política, continúa siendo el mismo. Frecuenta colmados y tabernas, organiza juergas constantes y derrocha lo que gana en los ruedos. Presume de valiente y arremete a palos o puñaladas con el primero que se le pone por delante.

Lucas no cambia de ideas ni de conducta cuando en 1833, los constitucionalistas, perseguidos como fieras hasta la víspera, se convierten en el único apoyo del trono de Isabel II. Sigue emborrachándose a diario, insultando a los liberales cuando tiene unas copas de más y echando mano a la navaja si alguno le contesta. Es lógico que un día u otro acabe mal. En 1837, cuando la guerra civil alcanza su máxima virulencia y las pasiones están al rojo vivo, Manuel viene a torear en Madrid las corridas de primavera. Una tarde del mes de abril, en una taberna de la calle de Fuencarral, Blanco, que está borracho, discute violentamente con un miliciano nacional que, tan bebido como él, contesta a sus insultos con otros mayores. Salen desafiados a la calle y el torero mata a su adversario de dos navajazos.

Aunque se trata de una riña tabernaria entre dos borrachos que dirimen a puñaladas sus diferencias, los fervores absolutistas del matador y el hecho de que la víctima sea miliciano nacional, dan a la pelea un cariz político que no tiene. La aproximación de las tropas de Don Carlos que llegan en estas semanas a las **puertas mismas** del Retiro madrileño excita los ánimos populares contra el torero, que corre grave peligro de ser linchado.

Durante el juicio, Manuel no se aflige y contesta en tono de reto y desafío a las preguntas de los jueces. La sentencia no puede ser más dura: el «Guapo Lucas» es condenado a sufrir la pena de garrote vil en una plaza pública de la ciudad.

Olvidando en el acto todas las rencillas y agravios que puedan tener contra Blanco, todos los toreros, y en especial los considerados más liberales, como Juan León y Paquiro, hacen insistentes gestiones para lograr su indulto. Pero ni los ministros ni la propia reina regente a la que llegan

con sus peticiones se atreven, dado el **ambiente** que se respira en Madrid, a revocar la sentencia. El 9 de noviembre de 1837, con el impresionante ceremonial de costumbre, Manuel Lucas Blanco es conducido al lugar de la ejecución, acompañado por dos largas filas de hermanos de la Paz y la Caridad que entonan preces por el alma del que van a ajusticiar. En tan angustioso trance, el torero demuestra una asombrosa entereza. Es el primero y único torero en toda la historia de la tauromaquia que escala las gradas de un patíbulo.



GENTE DEL TRUENO

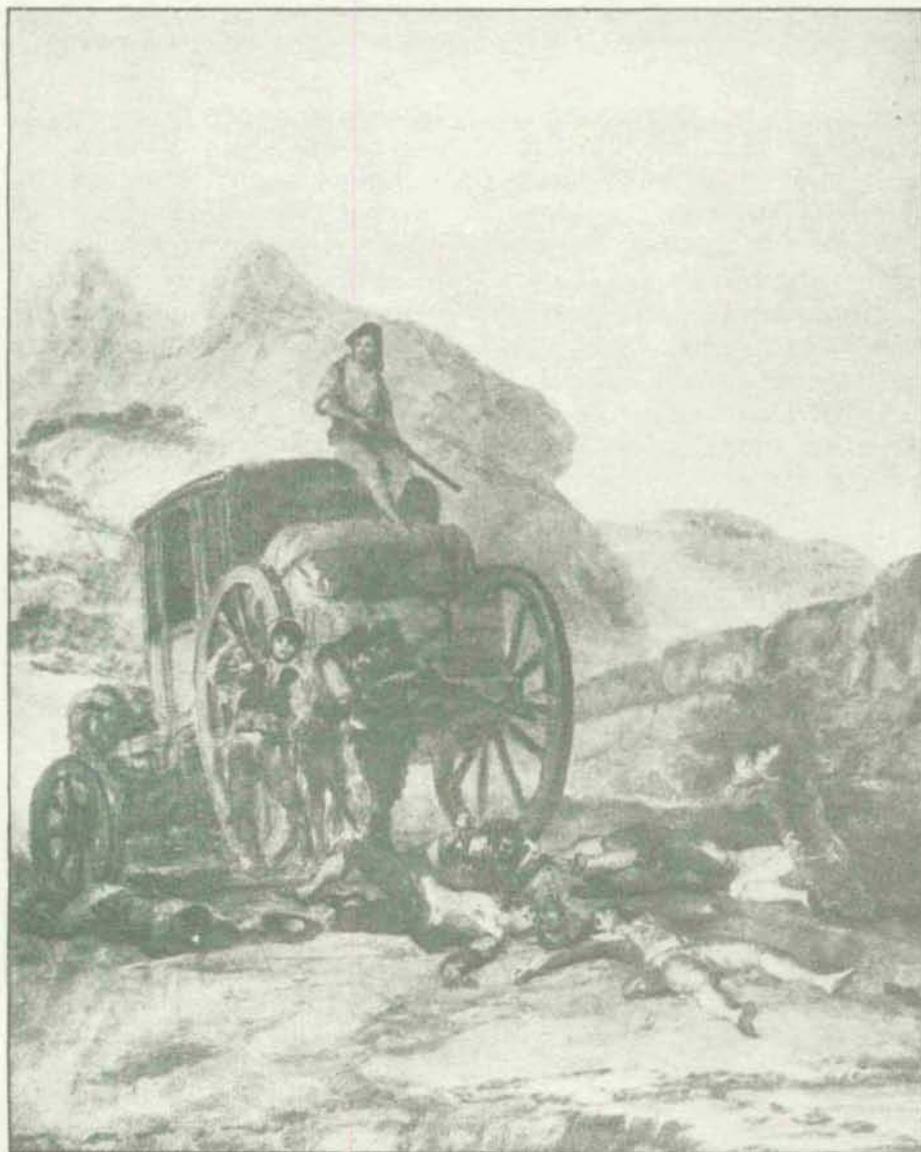
Pero si Lucas Blanco es el único diestro condenado a muerte y ejecutado, son varios los diestros contemporáneos cuyas costumbres matonescas corren parejas con las del infortunado lidiador e incluso las superan en violencia e intemperancia. Durante todo el segundo tercio del siglo XIX, en plena exaltación romántica, hay en los ruedos españoles una serie de diestros que parecen empeñados en dar la razón a los enemigos de la fiesta brava respecto a la in-

fluencia perniciosa que ejerce en el ánimo de cuantos intervienen en ella. Son la gente del trueno, tipos arriscados y violentos, con un concepto especial de la propia dignidad, que consideran preciso realizar constantes demostraciones de hombría. Aunque esta hombría no pase de bravuconería chulesca y sus lugares predilectos de exhibiciones sean lupanares y tabernas. En este grupo nada distinguido de toreros cabe incluir, aparte del desgraciado Lucas, al «Sombbrero», «Panchón», Juan León, Juan Pastor e, incluso, Manuel Domínguez, «Desperdicios».

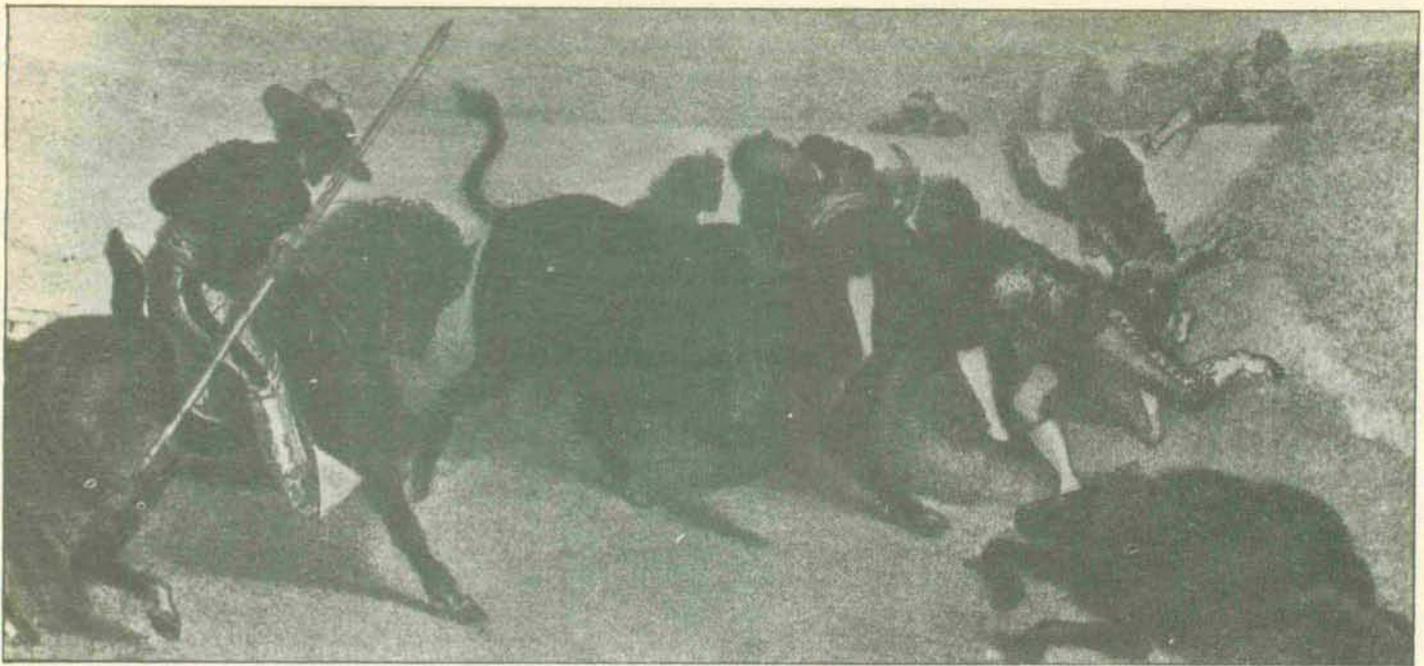
Juan León no cede un ápice en su marchosería flamenca a Lucas Blanco y al «Sombbrero», aunque políticamente esté situado en la acera de enfrente. Juan León, discípulo de Curro Guillén, competidor de Montes y maestro de Cúchares, tiene mayor volumen torero que los otros dos y es uno de los diestros andaluces que frecuentan el café de La Unión y hacen relumbrar la calle de Alcalá cuando suben y bajan por ella, de acuerdo con la letra de un famoso caracol. Pero, aparte de su fama y sus virtudes como lidiador, Juan León es tan juerguista, manirroto y bronquista como puedan serlo sus enemigos antes mencionados. Más aún que ellos, gusta «Leoncillo» de los alardes temerarios, de las bromas del peor gusto y de las broncas tabernarias. Nadie pone en duda su valor, sobradamente demostrado a lo largo de su dilatada vida profesional; pero, a veces, muchas veces, prueba su temple con formidables escándalos. Una tarde de 1824, cuando la persecución contra los liberales llega a su culminar, se le ocurre presentarse en la Maestranza, en contraste con el «Sombbrero», que luce un terno rosa y oro, vestido de negro de pies a cabeza. Es un claro desafío al público absolutista que llena la plaza y llama despectivamente «negros» a los liberales. Juan León aguanta impertérrito los gritos de los espectadores y cuando concluye el festejo contiene estoque en mano a quienes intentan agredirle. Va a pie hasta su casa, manteniendo a distancia a quienes le insultan.

—Si alguno llega a tocarme —asegura después—, le hubiese atravesado de parte a parte.

Pero si este desafío a las masas realistas puede estar justifi-



De un origen social muy distinto al de la mayor parte de sus colegas, Rafael Pérez de Guzmán —en la imagen de la página contigua— sería uno de los primeros aristócratas que abrazasen la profesión de torero. A los ojos de los escritores románticos que visitaron España en su época, él sintetizó «las virtudes y los defectos de raza». Murió al ser asaltada la diligencia en que viajaba, de manera similar a como lo imaginara Goya.



En el espectáculo de la corrida, juega papel fundamental la incertidumbre sobre la suerte que correrá el torero. «Tragedia en la Plaza», se llama este grabado romántico, y resume adecuadamente el instante de angustia que da un contenido sado-masoquista al hecho taurino.

cado por una rabiosa proclamación de sus ideales, cuantos le conocen cuentan otros muchos gestos que no tienen sombra de justificación. Entre ellos, penetrar a caballo en el café del Turco, derribando mesas y atropellando parroquianos para arrojar desdeñoso sobre el mostrador un montón de peluconas para pagar los daños. O dar una moneda de oro a un mendigo y dispararle simultáneamente un pistoletazo, haciendo que la bala le pase rozando la cabeza, a fin de divertirse viéndole correr espantado. O recorrer las orillas del Guadalquivir en las tardes de calor asfixiante y llevarse las ropas de cuantos se encuentran en el agua, para forzarles a volver desnudos a sus casas. Y junto a esto, centenares de peleas y broncas *«porque no consiento que nadie se me ponga por delante»*, y derroches de dinero *«porque donde está el señor Juan León, no paga nadie»*.

Típico ejemplar de española-da es también Juan Pastor, «El Barbero», cuñado de Juan León, con quien no puede compararse en los ruedos,

pero a quien supera ampliamente en la calle. Violento, fanfarrón y agresivo cruza como un huracán por la Sevilla de su tiempo. Aunque gana mucho dinero, está siempre entrampado porque gasta mucho más. Sus jergas, sus caballos o sus queridas provocan a diario comentarios escandalizados. Se pelea con su propia sombra y pistola o cuchillo en mano desafía al mundo entero. Pasa largas temporadas en la cárcel por insultar a los jueces o perseguir a tiros a los alguaciles que van a embargarle. Siempre sale de la prisión más jaque y terne que entró y tiene tantos enemigos que cuando, quebrantada su salud y sin un real en los bolsillos necesita que le den una corrida, dice amargado y sincero al empresario:

—*Media plaza se llenará con gentes que irán con la esperanza de ver cómo me destroza un toro.*

Pocos toreros en toda la historia tienen el valor frío, el impresionante estoicismo para soportar los mayores dolores y

la existencia azarosa y aventurera del señor Manuel Domínguez, que durante toda su existencia rechaza airado el apodo de «Desperdicios» que le aplican en su primera juventud en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla. Nacido en Gelves en 1816, antes de cumplir los veinte años no sólo figura en las cuadrillas de Juan León y «El Sombrerero», sino que recibe la alternativa de manos del primero. En 1836, a consecuencia de una riña en la que mata a un hombre, embarca como polizón en un barco que zarpa hacia el Nuevo Mundo, y durante los diecisiete años siguientes vive las peripecias más increíbles en diversos países de América del Sur. Jamás renuncia a ser torero y de vez en cuando lidia aquí y allá, dónde y como se terciá, alguna que otra corrida de reses criollas. Pero al mismo tiempo participa en todas las luchas armadas que se desarrollan en Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay. Como soldado pelea con los uruguayos y contra los uruguayos; con Rosas y contra Rosas; defendiendo a los indios contra las tropelías de los

blancos o integrado en las partidas que incendian sus tolde-rías. En todos los campos se hace respetar por su valor y su fortaleza; le hieren veinte veces y otras tantas escapa con vida de trances desesperados. Después de pasar más de tres lustros en estas aventuras, se cansa de América y retorna a Sevilla, dispuesto a reanudar su carrera taurina, cuando han desaparecido la mayoría de sus amigos y conocidos y los que viven aún ni siquiera recuerdan su nombre. Se presenta a Cúchares, compañero suyo en la Escuela de Tauromaquia, que no le hace ningún caso. Domínguez, carácter entero y orgulloso, decide valerse por sí mismo y no volver a pedir un favor a nadie. Empieza a torear este mismo año de 1852 en Andalucía y su labor sorprende y entusiasma a los públicos. Ejecuta con todos los toros la suerte de recibir, un poco preterida por Paquiro y Cúchares, y lo hace con acierto y valor; en contraste con los arrumacos del estilo sevillano del último, practica el más puro toreo rondeño, prescindiendo de todo lo accesorio para centrarse en lo fundamental y decisivo de preparar el toro para la muerte. En poco tiempo alcanza enorme popularidad, aunque en su presentación en Madrid no agrade a los aficionados.

Su fama aumenta considerablemente a consecuencia de un impresionante percance que sufre en 1857 toreado en el Puerto de Santa María. Mientras lo torea de muleta, el toro «Barrabás» le vacía el ojo derecho de una terrible y certera cornada. Aquerenciado el astado a la puerta misma de la enfermería, el diestro ha de esperar en pie, apoyado contra la barrera, durante siete minutos interminables, con un ojo en la mano, a que aparten al cornúpeta. Al llegar por su pie hasta la cama de opera-

ciones, los médicos no creen que pueda salvarse, pero la fuerte naturaleza de Domínguez se sobrepone a todo y unos meses después está de nuevo en los ruedos con la misma entereza y valor de antes. Pero si es posiblemente el hombre de mayor serenidad que pisa las plazas, fuera de ellas patentiza en toda ocasión y circunstancia su decisión y entereza. Una noche, dos matones se abalanzan sobre él cuando penetra en un colmado acompañado de Manuel Trigo, con las facas en las manos y ánimo de matarle.

Cogido por sorpresa, a Domínguez no le queda otra salida que zafarse de los primeros navajazos con hábiles quiebros y derribar de un manotazo el candil que alumbra la estancia, dejándola en la más completa oscuridad. Luego empuña a su vez la navaja y persigue a los dos matones, a los que logra herir y detener y que son condenados por la muerte del pobre Trigo —matador de toros también—, al que han herido por error en medio de las sombras.

En otra ocasión, un espectador de barrera se pasa toda la corrida metiéndose con «Desperdicios». «Aluego hablaremos, caballero», promete el torero. Unas horas más tarde, le encuentra en un colmado en unión de varios amigos. El individuo, queriendo congraciarse, le ofrece una copa de vino. Domínguez la bebe despacio y cortésmente invita al otro a salir al pasillo. Dos minutos después se oye un gran estrépito: el diestro ha tirado por la ventana a su adversario. Vuelve calmoso al reservado, donde aguardan los amigos de su contrincante, y explica:

—No es na, señores. Que ese amigo ha ido a decir al montañés que trajese más vino y pa llegar más pronto le he ayudado a saltar de la galería al patio.

DOS MUERTES HEROICAS DE TOREROS

Descendiente de Guzmán el Bueno, hijo de los condes de Villamanrique de Tajo, militar desde la adolescencia, oficial de la guardia real primero y del regimiento del Príncipe después, don Rafael Pérez de Guzmán es uno de los primeros aristócratas que abrazan la profesión de torero. Muchos de sus antepasados han lidiado reses en festejos cortesanos, pero ninguno hasta él convierte la lidia en oficio. Por todo ello, Rafael sintetiza y compendia a los ojos de los escritores románticos que visitan España en su época las virtudes y los defectos de raza e incluso para muchos nacidos aquende los Pirineos puede pasar —y pasa— como representante auténtico de la pandereta nacional de la española.

Nacido en 1803 y decidido a seguir la carrera de las armas, estudia en Madrid e ingresa como oficial en el Cuerpo de Guardias de Corps. Carácter alegre y extrovertido, amigo de juergas y emociones, se aburre en la monotonía de las funciones palaciegas y logra ser destinado al regimiento de Caballería del Príncipe, de guarnición en Sevilla, donde se hace pronto famoso por su liberalidad y sus francachelas en las que alterna con toreros y gitanos y tiene a gala que nadie le supere en las diversiones ni en las peleas. Le atraen los toros y pronto se lanza a cultivar su afición, compitiendo en festivales y encerronas con algunos diestros profesionales. Asiste a la Real Escuela de Tauromaquia, recibe las lecciones y consejos de Pedro Romero y de Jerónimo José Cándido y decide abandonar las armas para actuar en los ruedos, pese a la escandalizada oposición

«Diversión de España», titulaba Goya esta litografía, que participa de la mirada crítica con que el pintor aragonés contemplaba nuestra realidad. Una realidad donde la sangre, el miedo y el sufrimiento eran ingredientes habituales.



de todos sus familiares y amigos.

Prueba sus arrestos el 23 de agosto de 1830 en la Maestranza sevillana con una corrida benéfica, estoqueando nada menos que ocho toros que tumba de otras tantas escotadas, cinco en la suerte de recibir y tres a volapié. En 1831 se presenta en Aranjuez, alternando con Roque Miranda y Francisco Montes y el 13 de junio del mismo año recibe la alternativa en Madrid de manos de Manuel Romero Careto. Sigue unos años toreando por todas partes, especialmente en Andalucía y en 1837 interviene en siete corridas en la Corte con buen éxito en todas. Está contratado para las del año siguiente y debe hacer su presentación en la que ha de celebrarse en la plaza de la Puerta de Alcalá el día 23 de abril, pero no vive el tiempo necesario para llegar a lidiarla.

El 11 de abril toma en Sevilla la diligencia de Cádiz, que tarda cinco días en hacer su recorrido hasta la capital de España. Los tiempos están

muy revueltos, arde la primera guerra carlista, abundan las partidas de forajidos en las serranías andaluzas y los llanos de La Mancha, y dos escopeteros viajan junto al conductor del carruaje. El 15 de abril la diligencia es atacada a pocas leguas del pueblo de La Guardia, en lo que hoy es provincia de Toledo. Se traba en el acto una áspera lucha. Durante ella, Rafael Pérez de Guzmán, que ante los toros ha dado tantas pruebas de valentía y arrojo, tiene un comportamiento heroico. Es el primero en contestar a los disparos de los asaltantes y se apea —con toda probabilidad para manejar con mayor desembarazo sus armas— del vehículo que ha detenido momentáneamente su marcha. Lo certero de sus disparos hace vacilar a los asaltantes; aprovechando su indecisión, la diligencia reanuda de pronto la carrera y el torero queda solo y a pie, haciendo frente a los facinerosos que le cercan. Parece así, haciendo frente a los bandoleros y protegiendo a los pasajeros de la

diligencia, en una estampa similar a la que años más tarde se repetirá millares de veces en el Oeste americano.

Muerte semejante sufre, aunque las circunstancias sean muy distintas, otro torero de romance y leyenda en el Madrid agitado y convulso de mediados del siglo XIX. José Muñoz, «Pucheta», no es un aristócrata, sino un individuo salido del pueblo, que con el pueblo lucha y por el pueblo muere con las armas en la mano peleando en defensa de la libertad en una barricada de la calle de Toledo.

Nacido en Madrid en 1817, José Muñoz tiene que ganarse la vida trabajando desde la niñez. Quiere librar de miserias y estrecheces a sus familiares y no encuentra mejor salida que los toros. Pero sin influencias, amigos ni protectores, tropieza con toda suerte de dificultades. Durante largos años pasa los veranos enteros yendo de un lado para otro interviniendo en centenares de capeas y festejos modestos, en los que si recibe algunas cornadas no consigue

provecho ni fama. Es un hombre serio, honrado, trabajador, que goza de extraordinaria popularidad en la plaza de la Cebada y sus alrededores, donde siempre ha vivido.

En 1845 cree ver realizados sus sueños al torear como novillero en la plaza de la Puerta de Alcalá. Desgraciadamente, aunque se arrima a los astados, su toreo burdo, sobrado de arrojo pero carente de finura, no le depara el éxito ambicionado. En años sucesivos no avanza mucho en su profesión. Tropieza, aparte de sus limitaciones artísticas, con un grave inconveniente: José Muñoz, «Pucheta», es progresista como la mayoría de su barrio y en España gobiernan y mandan los moderados. En las algaradas políticas de 1848 y 1853 se ve en serios apuros, porque la Policía de Narváez le considera jefe de los agitadores de la barriada y tiene que andar huido y escondido. En 1854, cuando el levantamiento popular de Madrid permite triunfar a O'Donnell —a punto de fracasar en su

pronunciamiento de Vicálvaro—, se lucha encarnizada en las calles de la capital. En la de Toledo se pelea durante tres días con extraordinaria violencia y es José Muñoz, «Pucheta», quien, nombrado jefe por la Junta de la Barriada, dirige la contienda, escopeta en mano, alentando a los suyos con sus palabras y ejemplo.

Vuelta la normalidad tras el estallido revolucionario, «Pucheta» reanuda su profesión. Toma la alternativa en la plaza de Madrid de manos de «Morenillo» y actúa con posterioridad en numerosas ciudades españolas tanto en el resto de 1854 como en 1855 y los primeros meses de 1856. Al romperse en este año la coalición de Espartero y O'Donnell pretende éste último desarmar a la milicia nacional. El intento provoca un alzamiento general de los barrios madrileños. Durante una semana se libran sangrientas batallas, en las que poco a poco van siendo aplastados milicianos y progresistas. La

última barricada popular que resiste a los moderados es la que cerca de la Puerta de Toledo defiende José Muñoz.

Repetidas veces rechazan sus defensores las cargas de un escuadrón de caballería, sufriendo grandes bajas una y otra de las partes en lucha. Por último, el 16 de julio, muertos, heridos o huidos sus compañeros, «Pucheta» se queda solo. Herido, falto de municiones y rodeado de enemigos, tiene que entregarse. Los soldados se disponen a conducirlo a prisión cuando un grupo de enemigos políticos se abalanza sobre el preso y le cosen materialmente a balazos y puñaladas. Su cadáver queda, tendido y abandonado, en la mitad de la misma calle que dos años atrás presencié su triunfo. José Muñoz, torero de muy segunda fila y agitador político muerto en lucha por la libertad, es una figura más para la españolada de pandereta de los románticos franceses y británicos que recorren nuestro país a mediados del siglo XIX. ■ E. de G.



En la misma línea de inspiración que la litografía de la página contigua, Goya resume en esta «una capea tumultuosa». La españolada de pandereta nacería de aquí, del rojo de la pasión o la sangre y el negro del luto o la muerte...